

# **Pancho Investigador. Amatistas en el Catalán**

Helen Velando

loqueleg

Yo no me hubiera imaginado que por chatear una tarde de lluvia iba a terminar viajando a Artigas. Siempre creí que aquel era un lugar remoto, tan lejos de todo, tan lejos de mi casa en la capital, tan lejano a mi vida... Y sin embargo ahí estaba, en medio de la terminal, desorientado como chupetín en refuerzo de salame porque recién me había bajado del ómnibus y estaba esperando que me vinieran a buscar.

“Lo mejor va a ser sentarme”, pensé, porque ya hacía calor y había una humedad que ni te cuento. Yo estaba un poquito aromático, había viajado tantas horas en ese asiento que tenía pegado todo, a pesar del aire acondicionado. Para que yo lo admitiera tenía que ser muy urgente, pero lo admitía: tenía que darme un baño.

Dejé mi bolso en el suelo y mi mochila a mano. Nadie atendía el teléfono ni me respondía los mensajes de texto. Bueno, eran las siete y media de la mañana, a lo mejor se había dormido. En realidad no sabía, porque a Nahuel no lo conocía. Bueno, sí lo conocía, pero solo

por chatear, por fotos y un par de charlas telefónicas. Eso no te da idea de sus costumbres, aunque no creo que levantarse de madrugada sea algo que alguien en su sano juicio practique habitualmente.

8 (¡Qué lo tiró! Estoy asombrado de mí mismo. Últimamente, debo decirlo, estoy teniendo un lenguaje que no parezco yo, lástima que casi siempre aparece cuando lo pienso, y cuando abro la boca no me sale. No sé, incluso a veces digo disparates, supongo que a otros les pasará lo mismo.)

Miré para todos lados y nada. Llegó otro ómnibus más y otro más... Y entonces de pronto mi vida dio un vuelco, que no quiere decir que me haya caído del banco donde estaba sentado y me haya despatarrado en el suelo haciendo papelones. Estoy hablando en lenguaje figurado, porque lo que quiero decir es que descubrí a un ángel bajando del ómnibus. Ella se asomó a la puerta y el resto de la gente de la terminal se esfumó, todo se detuvo y quedó en silencio. No oía más motores, ni gente hablando en portuñol, ni más perros ladrando. Todo se detuvo porque allí estaba la más linda de todas las lindas. Había descubierto a una morocha increíble que bajaba con su pelo lacio y largo y sus ojos oscuros sin saber que mis ojos no dejaban de contemplarla. Descendió despacio, en cámara lenta, como si se bajara de una nube de algodón de azúcar, de esas rosadas. Bueno, no exactamente, porque habría sido un enchastre y ella se hubiera pegoteado toda y no fue



así. Ella bajó serena y con cara de dormida. Tenía una luz que alumbraría cualquier oscuridad. (¡Fa, me sale poesía pura y sin proponérmelo!)

10 Creo que fue por efecto de la falta de sueño sumada a ver a la más linda de las lindas a esa hora de la mañana. Miré su campera de jean gastada, sus calzas negras y una remera larga estampada que le salía por debajo. Llevaba una mochila colgada y el pelo suelto al viento, aunque en realidad no había viento. Alguien la saludó y ella sonrió con unos dientes hermosos y blancos, no como los míos, que hay días que suelen estar amarillo patito, y no porque no me los lave. ¡Tomá! No es por eso, es que a veces algunos no los tienen blancos del todo, y bueno, eso me explicó el dentista. ¿Dónde estaba? ¡La había perdido! ¡Me quería matar! Me había distraído un minuto y ahora no la veía por ningún lado.

Miré el coche del cual había bajado y muy astutamente me acerqué a una señora y le pregunté de dónde venía.

—¡Qué te importa! —fue la respuesta.

—No, de dónde llegó usted no, de dónde llegó el ómnibus —le sonreí.

—Ah, de Porto Alegre —y se fue con la misma simpatía de un *rottweiler*.

Recordé que Artigas es el único departamento con fronteras con dos países: Argentina y Brasil. Y que además queda a la misma distancia de Montevideo que de Asunción del Paraguay, Buenos Aires o Porto Alegre, a

unos seiscientos kilómetros. De todas formas no me servía mucho para encontrar a la morocha, pero era un dato: había llegado de Brasil.

De repente apareció de nuevo; venía de los baños. Entonces dejé todo (cuando digo *todo* es solamente el bolso, tampoco soy tan abombado de dejar la mochila) y fui hacia ella. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo me iba a acercar? ¿Cómo la iba a encarar? No tenía la menor idea. Para peor, soy supertímido, pero estaba decidido. A lo mejor era por estar lejos de casa; en un lugar desconocido uno se anima a hacer cosas más arriesgadas. Lo cierto es que caminé tras ella como un... como un... como un nabo caminando detrás de una chiquilina que no conoce, y entonces todo sucedió muy rápido.

Primero un perro se atravesó en mi camino. Bah, el perro no, la correa del perro, porque aunque parezca raro el perro sí tenía correa, y era larga, lo suficiente como para que se me enredara en un pie. De pronto todo se detuvo otra vez. La señora que corría al perrito siguió de largo gritándole mientras yo volaba. Eso me empujó hacia lo segundo, que fue llevarme por delante el tacho de la basura. Caí de frente contra el piso, la mochila se me salió y terminé mirando las baldosas llenas de chicles pegados frente a mi nariz. Patético. Sentía que todos me miraban y era cierto: todos me miraban y por supuesto algunos se reían, diga que la mitad de lo que hablaban no lo entendía. Me podrían haber llamado Pancho el Humillado o Pancho el

Molesto, porque yo estaba muy molesto, por no decir calentito como un pancho recién salido del agua hirviendo. Entonces una voz me dijo desde lo alto:

—Vos debés ser Pancho, ¿no? Te reconocí por el gorro rojo con visera.

—¿Nahuel? —pregunté desde el piso.

—¿Mirando las baldosas de cerca?

—Investigándolas —le guiñé un ojo.

12 —Vamos, investigador —me estiró la mano sonriendo—. Se me hizo un poco tarde.

—Sí, vamos. Estoy liquidado.

Fui a buscar mi bolso y me dolían hasta las uñas. De pronto vi pasar a la señora con el perrito sostenido de su collar y tuve ganas de...

—Vamos, Pancho, mi madre nos espera, tiene la camioneta a la vuelta. ¿Todo legal? ¿El viaje?

—Sí, todo legal.

—¿No hay olor como a bicho muerto? —preguntó Nahuel moviendo el pelo negro y lacio que le caía en la mitad de la cara.

—No sé —dije poniéndome colorado—, creo que el perrito de la señora era pariente de un zorrillo.

—Ja, ja, ja, pariente de un zorrillo. ¿Y vos te lo llevaste debajo del brazo? —bromeó tapándose la nariz.

—Fue un viaje largo —me disculpé.

—En casa podés darte un baño —sonrió Nahuel, me agarró el bolso y supe que con seguridad nos íbamos a llevar muy bien.